

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LVIII

MADRID 11 DE OCTUBRE DE 1931

NUM. 41



DIVISION DEL REINO

DIVISION DEL REINO

A Salomón sucedió en el trono Roboán, su hijo primogénito, quien en vez de obrar como quien quiere ser padre de su pueblo, gobernó como tirano por medio del terror; pues cuando el pueblo vino a decirle por medio de una diputación:

—Tu padre agravó nuestro yugo, mas ahora tú disminuye algo la dura servidumbre de tu padre, y del yugo pesado que puso sobre nosotros, y te serviremos.

Roboán respondió:

—Ahora, pues, mi padre os cargó de pesado yugo, mas yo añadiré a vuestro yugo. Mi padre os hirió con azotes, mas yo os heriré con escorpiones.

El hijo insensato de Salomón creía asustar con estas palabras a los Israelitas pero ya estos habían adoptado una resolución extrema.

—¿Qué parte tenemos nosotros con David?—exclamaron ellos—No hay heredad en el hijo de Isaí. Israel, a tus estancias. Provee ahora en tu casa, David.

Diez tribus abandonaron a Roboán, formando un nuevo reino que llevó el nombre de «reino de Israel», y se dieron por rey a Jeroboán, capitán distinguido; al paso que las tribus de Judá y Benjamín permanecieron fieles a la casa de David, y tomaron el nombre del «reino de Judá».

Dios mismo confirmó la elección de las diez tribus; pues habiendo Roboán reunido ochenta mil hombres para hacer volver al reino de Israel a su obediencia, Dios envió un profeta, que dijo a él y a todo el pueblo:

—Así ha dicho Jehová: No vayáis, ni

peleéis contra vuestros hermanos los hijos de Israel; volved cada uno a su casa porque este negocio yo lo he hecho.

Y obedecieron a las palabras del Señor y se volvieron a sus casas.



LA LLUVIA

Bien venida ¡oh lluvia! seas a refrescar nuestros valles, y a traernos la abundancia con tu rocío agradable.

Bien vengas a dar la vida a las flores, que fragantes, para mejor recibirte, rompen ya sus tierno cáliz.

Do a sus galanos colores, en primoroso contraste, tus perlas, del sol heridas, brillan cual ricos diamantes.

Bien vengáis, alegres aguas, fausto alegre del cobarde labrador, que ya temía malogrados sus afanes.

Bajad, bajad, que la tierra su agostado seno os abre, donde os guardan mil semillas para al punto fecundarse.

Bajad, y del mustio prado vuestro humor la sed apague, y su lánguida verdura reanimada se levante;

tejiendo un muelle tapete, cuyo hermoso verde marchen los más vistosos matices como el agraciado esmalte.

Bajad, bajad en las alas del vago viento; empapadle en frescura deleitosa, y el pecho lo aspire fácil.

Bajad; ¡oh, cómo al oído encanta el ruido suave

que entre las trémulas hojas,
cayendo, las gotas hacen!

Las que al río undosas corren
agitando sus cristales
en sueltos círculos, turban
de los árboles la imagen;

que en su raudal retratados
más lozano su follaje
y erguidos ven sus cogollos,
y su verde más brillante.

Saltando de rama en rama,
regocijadas las aves,
del líquido humor se burlan
con su pomposo plumaje;

y a las desmayadas vegas,
en bulliciosos cantares,
su salud faustas anuncian
y alegres las alas batan.

El pastor el vellón mira
del corderillo escarcharse
de aljófares, que al moverse,
invisibles se deshacen.

Mientras él se goza y salta,
y con balidos amables
bendice al cielo, y ansioso
la mojada hierba pace.

El viento plácido aspira;
y viendo cuán manso cae
en sus campos el rocío,
el labrador se complace;

Gozando ya de las mieses
su corazón anhelante,
que colmarán sus graneros
cuando el Can al mundo abrase.

El bosque empapado humea,
de aromas se inunda el aire,
y aparecen las espigas,
floreciendo los frutales.

En medio el sol de las nubes,
su frente alzando radiante,
de oro y de púrpura al iris
pinta entre gayos celajes:

El, tendiéndose vistoso,

sus inmensos brazos abre,
y en arco lumbroso al cielo
da un magnífico realce.

La naturaleza toda
se agita, anima, renace
más gallarda ¡oh vital lluvial
con tus ondas saludables.

Ven, pues, ¡oh! ven, y contigo
la fauna abundancia trae,
que de frutos coronada
regocije a los mortales.

MENENDEZ VALDÉS.



EL ALMA DE LAS COSAS

Yo tengo un amiguito, no de más edad
que los lectores a quienes pretendo diri-
girme, que era muy malo.

Muy malo no quiere decir precisamente
que fuera perverso, porque Juanito, que
tal era el nombre del protagonista de mi
historia, quería a sus padres y a sus her-
manos, no se le ocurría jamás, ni por
pienso, mal decir de sus amigos, y hasta
más de una vez le oí hablar con cariño de
sus profesores.

Pero era un destrozón de primera fuer-
za. Nada hallaba, juguetes ni libros, dere-
cho de inmunidad, derecho de vida entre
sus manos.

Si le hubieran dado para su recreo los
restos augustos de Parthenón de Atenas,
que como sabéis es uno de los más her-
mosos monumentos del mundo, es seguro
que ni rastro hubiera dejado de esa ma-
ravilla, que será mientras perdure o de
ella se guarde memoria, legítimo orgullo
de los hombres.

Romper un juguete por ver lo que tie-
ne dentro, por saber de qué intríngulis

está compuesto, es sólo un pecado que en muchas ocasiones merece disculpa; pero romper por romper, ser un des-trozón porque sí, ser malo y hasta sentir-se rencoroso por cuantos chismes bellos o útiles nos rodean he ahí una cosa que ni los hombres de bien ni los niños bien criados podrán por grande que sea su to-lerancia, aplaudir nunca.

Pero lo que se me ha olvidado decir y quiero que lo sepáis, es que mi amigo Juanito se ha corregido hasta el extremo de guardar entre sus juguetes, perfecta-mente conservada, una bonita esfera ar-milar, que le regalaron en el colegio, por su aplicación, hace tres años.

Yo creo haber tenido alguna influencia en ese hermoso cambio de frente, hacia la luz, de mi amigo. Y váis a saber por qué.

Una mañana de primavera, que paseá-bamos juntos por las alamedas de un jardín, en que como puestos de acuerdo árboles y fuentes, simulaban con la gracil combinación de sus rumores, el vago pre-ludiar de una invisible orquesta, Juanito —¡oh, y qué feo es el gesto que mata!— descargó un bastonazo sobre el tronco de un árbol, desgarrando los brotes que lo adornaban y que eran promesa feliz de sombra y de verdores para el verano pró-ximo.

Yo me incomodé fuertemente de aque-lla hazaña, y no pudiéndome contener, le dije:

—¿Pero sabes lo que has hecho? Aca-bas de cometer una muerte.

Juanito, que como ya os lo he dicho, no era en el fondo malo, murmuró con algo de trémolo en la voz!

—¡Una muerte!

—Sí—le repliqué—y una muerte imbéc-il, porque de ella no te has de beneficiar para nada,

Ese árbol tan bello, con todas sus ra-mas desplegadas al viento, como brazos que se abrieron en signo de fraternidad, es un amigo del hombre, del pájaro y del insecto, de todo cuanto existe.

Si me apuras mucho, yo te diría que es un ser de amor. En verano nos ofrece la dulce hospitalidad de su sombra, y no contento con eso, nos regala con sus fru-tos, que son también un halago de la Na-turaleza al hombre; en invierno es una esperanza y un consuelo porque nos dice la promesa de días mejores.

Ese árbol es un ser vivo, totalmente vivo, tal como tú y como yo. Nace, vive, se reproduce y muere.

Tiene sus órganos digestivos; tiene un corazón; tiene un aparato respiratorio; tie-ne sangre que es la savia, y su correspon-diente aparato vascular, no menos intere-sante que el de nosotros.

Los viejos árboles, como tu abuelito, tienen sus achaques, que de no corregir-los con cuidados y medicamentos, pue-den llevarlos a la muerte, y los que son mozos como tú, tienen la flexibilidad en el talle, en el tronco, que es una de sus más amables petulancias.

A más de eso, el árbol es un intercesor poderoso entre el hombre y la nube, quie-ro decir, que atrae humedad, y ya sabes tú que el agua es un elemento tan esencial de la Agricultura, como la tierra misma en que se deposita el grano.

(Concluirá)